



Federico Vegas / Francisco Suniaga

Cuentos de dos familias

Colección *CIUDAD VIVIDA*



ARCHIVO
FOTOGRAFÍA
URBANA

Colección **CIUDAD VIVIDA**

Cuentos de dos familias

Los seis relatos que integran este libro, escritos por dos de los narradores venezolanos más importantes en lo que va del siglo XXI, constituyen un viaje al universo de la infancia y la pubertad de Federico Vegas y Francisco Suniaga, respectivamente. Nacido al hilo de las conversaciones entre estos amigos, hoy cristaliza en este agradable volumen que brinda a los lectores la posibilidad de asistir a pasajes íntimos o colectivos vividos o escuchados por sus autores en esa etapa cuando apenas se comienza a descubrir el mundo, pero transformados en ficciones gracias a la magia y potencia del cuento. Dividido en dos secciones: la primera con textos de Vegas; la segunda, con composiciones de Suniaga, el volumen se enriquece con fotografías alusivas a ciertos personajes o situaciones recreados en las historias.



Federico Vegas / Francisco Suniaga

Cuentos de dos familias

© Archivo Fotografía Urbana
Autores: Federico Vegas / Francisco Suniaga
Coordinación editorial: Carlos Sandoval
Corrección: Teresa Casique
Diseño de colección: Lucas García

Impreso en España – Printed in Spain
ISBN: 978-84-122665-5-9

Archivo Fotografía Urbana

Caracas, Venezuela

Presidenta /

Diana López

Junta Directiva /

Herman Sifontes Tovar

Jaime Abello Banfi

Horacio Fernández

Tulio Hernández

Óscar Lucien

Luis Pérez-Oramas

Director curador /

Vasco Szinetar

Coordinadora del Fondo Visual /

Lucía Jiménez

www.fotourbana.org



Índice

Presentación	7
Cuando converso con Francisco... <i>Federico Vegas</i>	10
Arnaldo y Antonia	15
La carpa	23
Un suspiro de mantequilla	41
Relatos engrapados por un algoritmo <i>Francisco Suniaga</i>	51
El amor, a pesar de todo	55
El tío Rafael	63
Polvorín	71

Presentación

El Archivo Fotografía Urbana se honra en publicar este volumen que reúne seis cuentos de dos de las voces narrativas más importantes del siglo XXI venezolano. Un libro curioso que, tal como explican sus autores en cada una de las respectivas portadillas que acompañan el conjunto, materializa la vieja aspiración de un par de amigos por relatar, en registro fictivo, algunos pormenores de sus disímiles vidas: uno, nacido en la capital del país; el otro, en la isla más famosa de Venezuela: La Margarita, como solían llamarla los conquistadores españoles.

Tres historias escritas por Federico Vegas y tres compuestas por Francisco Suniaga. A ambos tercetos los acompaña una pequeña galería de imágenes que complementan las anécdotas, un apoyo gráfico que proyecta los hechos narrados y genera infinitas posibilidades de interpretación estética y muestra,

asimismo, la siempre fascinante simbiosis entre literatura y vida.

Como se sabe, Vegas y Suniaga irrumpieron casi de manera simultánea en la literatura venezolana al lograr conquistar el imaginario de los lectores apenas iniciado el tercer milenio. Aunque Federico Vegas venía incursionando en la narrativa desde los años noventa del siglo XX (*El borrador*, cuentos, 1994) y a principios del veintiuno publica *Prima lejana* (novela, 2001) y *Los traumatólogos de Kosovo* (cuentos, 2002), será con *Falke* (2004) cuando su nombre alcance prestigio en todos los círculos culturales del país: en esa novela el autor recrea uno de los episodios traumáticos de nuestra historiografía oficial y logra dar cuerpo y rostro humanos no solo al pasaje narrado, sino que convierte a sus personajes en símbolos de algunos de nuestros fracasos colectivos.

Por su parte, en 2005 Francisco Suniaga, para la fecha un completo desconocido, publica *La otra isla* que –como en el caso de *Falke*, de Vegas– de inmediato se convierte en una exitosa novela. En 2008 aparece su segundo texto narrativo: *El pasajero de Truman*, con lo cual ratifica su solidez en el manejo de los instrumentos de la prosa de ficción.

A partir de esos años Vegas y Suniaga forman parte de los narradores representativos de la novela venezolana reciente. La publicación de este tomo de relatos es un ejemplo más de ese reconocimiento, pues ambos creadores también se mueven con soltura en el género cuento, con el agregado de que aquí exploran una perspectiva más íntima de sus realidades existenciales: aquella que quizá cifró su condición idiosincrásica como consecuencia del azar de sus nacimientos en lugares y núcleos parentales por completo distintos.

Estos *Cuentos de dos familias* brindan, pues, un rasgo desconocido en la obra general de ambos narradores. Disfrútenlos.

Cuando converso con Francisco siempre se nos cuele un cuento. Aparece de repente, como algo que viene al caso, pero en realidad, aunque no estemos conscientes, era nuestro verdadero propósito. El preámbulo es solo para entrar en calor y luego aprovechamos la despedida para desearnos unos días buenos y fructíferos.

Hemos tenido proyectos que nunca haremos y también tienen que ver con cuentos. Sirva la oportunidad para que una de las ideas más queridas y necesarias caiga en manos más emprendedoras: soñamos hacer una recopilación de todos los cuentos que se han gestado en la isla de Margarita, o han rodado por años, a veces bastante más de un siglo, sin que nadie los grabe o los escriba. Y cuando digo todos incluyo los poéticos, los infantiles, los dignos de damas salesianas y hasta los más vulgares, esos de burdel cerrero que estremecen el pescuezo y sacan

viscerales carcajadas desde lo más hondo y reprimido. *Cuentos populares italianos*, la recopilación de Ítalo Calvino, se quedaría corta y medrosa frente al alud de los “cuentos margariteños”.

En nuestra competencia secreta y sin reglas, Suniaga me lleva una morena. Nació y ahora le ha dado por vivir en una tierra de contadores de cuentos. Digo contadores y no narradores porque la tradición oral es inmensa, persistente y le ruego a la Virgen del Valle que perdure.

Hablo de este prodigio colectivo en una novela que acabo de publicar. Como creo que se va a vender muy poco voy a robarme las líneas donde aparecen estos grandes contadores:

Los margariteños alcanzan su más fina inspiración antes del desayuno, que es cuando comparten lo que soñaron. Como les da vergüenza contar sus propios sueños, los venden como algo que le pasó a otro; especialmente los de La Asunción, quienes, como son de colinas, les toca ser los gochos de la isla y se las dan de pudorosos. Es algo genético que les viene de la época de las hambrunas, cuando los padres alimentaban a los carajitos con historias de comida.

Un día nos quitamos la careta y decidimos hacer un libro de cuentos. Suniaga quería que fueran cuentos de familia. Me animé en seguida y exclamé como si ya el libro estuviera impreso y leyera su portada:

—¡Cuentos de dos familias!

“Cuentos de familia” suena tan trillado que quizás no exista como título. Le aflora además una

resonancia infantil y protectora de las buenas costumbres. “Cuentos de dos familias” tiene a su favor el preámbulo de Tolstoy sobre las familias felices e iguales y las infelices e irrepetibles, por lo tanto, con un par sientes que estás cubriendo la totalidad del espectro. Ofrece además, para los íntimos, una interesante comparación entre las genuinas almas de los margariteños y las pretenciosas de los caraqueños. Y este último párrafo me obliga a confesar un gran secreto: me hubiera encantado haber nacido en Pampatar y no haber perdido mi infancia en las riberas del Guaire.

Federico Vegas



Arnaldo y Antonia

Cuando murió el tío Arnaldo, muchos creyeron que antes habría resucitado. Lo habían dado por muerto con tanta convicción que debieron revivirlo en sus archivos para luego acudir a su entierro. En el santoral de la familia quedó reseñado como un impávido galán de acción retardada por haberse casado con la tía Antonia, tan bondadosa como poco agraciada. Cuando ya su fama de solterona empedernida se había consolidado hasta dejar de ser un tema, surgió el circunspecto Arnaldo y la condujo sin tropiezos al altar. En las fotos, ella parece una abuela disfrazada de novia por loca o por rochela. Donde sí se percibe lo trascendental del evento es en la escena del brindis. Me impresiona cuán serios lucen los dos rezagados que por fin han llegado a la meta, mientras sostienen sus copas de champaña con estoicismo. La experiencia les habría enseñado lo precisas que son las sonrisas revelando la edad y optaron por la imperturbable pose de un amor heroico y eterno.

El tío Arnaldo tenía además el aura de haber sido jefe civil en Villa de Cura cuando el cargo ya había perdido su prestigio por culpa de Rómulo Gallegos. Ser jefe civil equivalía a rendirle cuentas a alguna doña Bárbara; y mandar en una jefatura incivilizada y plena de reminiscencias gomeras. A este peso sociológico hay que añadir la decadencia de un pueblo que nunca fue ciudad y donde alguna vez vivieron los sangrientos Boves y Zamora. Arnaldo tenía en su estirpe algo de ese pretérito abolengo y se habría cansado de cargar con cuentos y opiniones que a nadie interesaban. Él era el genuino testimonio de un pasado remoto y lo manifestaba con la triste sonrisa de quien solo se tiene a sí mismo para compartir sus mejores recuerdos.

En las fiestas de la familia nos tocaba, tarde o temprano, estar juntos. Él por viejo y yo por niño; ambos retraídos o desubicados, nos encontrábamos sin buscarnos, como si una marea nos arrinconara al fondo del escenario para contemplar sin ser vistos. Deben haber sido distintos tipos de eventos, pero yo recuerdo puras primeras comuniones, el mismo jamón con un exceso de clavo y un idéntico calor de mediodía húmedo y solarizado. Lo cierto es que conmigo, el tío se explayaba con gusto o se vengaba con saña de tanta indiferencia acumulada. Los saludos que le daban al llegar eran tan cariñosos como breves. Lo estrechaban con los dos brazos y luego los abrían con tanta fuerza que él salía expulsado hacia el siguiente pariente, y así hasta terminar en su rincón de vigía, a donde le llegaba el eco de algún comentario:

—Está enterito.

Le gustaba el vino y lo bebía con hielo picado, estirando el cuello y los labios más allá del borde de

la copa. Tenía algo de colibrí por lo breve del sorbo y una tendencia espasmódica a cerrar los ojos y girar la cabeza de un lado al otro mientras saboreaba el caldo. En cada trago pasaba de la desconfianza a una profunda aprobación, como si volviera a catar un brebaje desconocido. Bebía haciendo meditaciones pausas, pero era efectivo, constante, y se bajaba una botella en poco más de una hora. Mi padre era generoso con él, pero lo tenía medido y conocía sus límites. El tío era incapaz de armar escándalo. Su falla era que el alcohol lo iba entumeciendo y una vez hubo que llevarlo a su casa engarrotado y, aun, sentado en una silla de Festejos Mar.

Yo era un niño cuando me contó algo sobre una batalla en la que había participado. Ya se había adentrado en una fase avanzada de rigidez y no entendí dónde peleaba, ni cuándo, ni contra quién. Algo recuerdo sobre un compañero herido, quien al caer al suelo con un tiro en el pecho comenzó a escarbar con las uñas como un perro que oculta un hueso. Mi tío, sin dejar de disparar, le prometió:

—Tranquilo, Vidal, que ahora más tarde te vamos a enterrar como Dios manda.

Y Vidal murió en paz, apoyando suavemente la mejilla sobre la tierra ensangrentada.

Muchos años después escribí sobre una batalla en tiempos de Gómez y utilicé la anécdota. Cuando el texto ya parecía estar listo y yo revisaba libros de historia para chequear nombres y evitar errores imperdonables, me di cuenta de que el tío Arnaldo —el anciano que me había contado sobre el moribundo decidido a enterrarse con sus propias manos— era Arnaldo Morales Carabaño, un joven que en 1929 había peleado en Cumaná. La escena que había im-

puesto a mi relato estaba allí mucho antes de que yo tratara de encajarla.

La generosidad de mi padre con el tío se debía a que su madrina era la tía Antonia. Le tocó en suerte aquella mujer previsible y ordenada, y, cuando ya era un adolescente, asumió a conciencia el inesperado papel de chaperón inserto en un romance tardío y ale-targado. La pensión de jefe civil alcanzaría solo para los helados, otra pasión de Arnaldo, y adentrados de lleno en la ancianidad, papá, ya casado y con hijos, les completaría la mensualidad como si se tratara de sus propios padres. Me cuenta mi hermana que mi madre iba una vez al mes a hacerle la pedicura a la tía. Enfrentar mensualmente aquellos pies retorcidos fue un gesto tan amoroso como el de María, la hermana de Lázaro, perfumando con sus cabellos los pies de Cristo.

Antonia me trataba bien, creo que por retuque. Nunca fui un niño querido por mis tíos. Tal vez porque yo era raro o simplemente muy cabezón. Aún no sé muy bien lo que soy. La tía era aburrida hasta merecer indulgencias por ser visitada. Más de una vez me dejaron en su casa para pasar la tarde y llegué a creer que era capaz de detener el tiempo hablándome en cámara lenta. Ellos vivían en una casita por Sabana Grande que años más tarde tuve que remodelar. Quizás por esa razón mis recuerdos sean tan nítidos y enfocados. Me tocó hacer desaparecer las cariadas cerámicas de los baños, las huellas de los bodegones guindados en las paredes y aquellos olores a viejo que tanto mortificaban a García Márquez.

Un día, en un inexplicable arranque de vitalidad, la tía Antonia me cantó su versión de una estrofa de *Rigoletto*:

*La doña inmóvil
Perfuma el viento
Muda de asiento
¿Qué podrá ser?*

Terminó de cantar estirando las vocales con una picardía en la que asomó una previa encarnación, en la que quizás fue bella, y luego se rio con muchas ganas. Nunca había escuchado sus roncas carcajadas espaciadas con una tos que apaciguó con golpes de pecho. Al retornar con los ojos llorosos de aquella liberación, pasó abruptamente a una seriedad de inquisidora y me preguntó:

—¿Por qué no te ríes? ¿Es que acaso no entiendes qué podrá ser?

Preferí pasar por bruto a confesar que su verso no me hacía gracia y mantuve la expresión de desconcierto. Tal vez percibió el juego porque me dijo, muy enojada, y además con aprensión, como si también estuviera en juego su mensualidad:

—Sea lo que sea que entendiste, nunca le cuentes a tu papá, ni a nadie. ¿Me lo juras?

Moví la cabeza con un ángulo tan incierto que casi la hago llorar, pero he mantenido el secreto hasta hoy.

Más me divertía dar una vuelta a la cuadra con el tío Arnaldo, quien caminaba con la parsimonia de una esfinge, muy concentrado, en línea recta y con una enorme dificultad para girar en las esquinas. Yo avanzaba en círculos, rodeándolo para no dejarlo atrás. La diferencia de velocidad me hacía sentir que él permanecía inmóvil, pero, milagrosamente, como en el caso de la liebre y la tortuga, siempre regresaba a la casa antes que yo. Su truco era hacer unas observaciones enigmáticas, o saludar a un vecino como si fuera a detenerse, o dejar caer un par de monedas,

o preguntar cuántos mangos quedaban en un árbol, y hasta la descarada treta de hacer que le buscara un vaso de agua, todo con el propósito de ganarme por tres pasos.

Aunque Arnaldo le llevaba decenas de años a su Antonia, a ella le tocaría morir antes. La confusión en nuestra familia se debe a que al tío se lo llevaron los Morales para evitar que presenciara la escandalosa agonía de su esposa. Al no asistir al funeral, la gran mayoría pensó que la había precedido y, cuando le llegó el turno, parecía un error cronológico.

Recuerdo que fue un entierro de puros hombres. Yo tendría unos quince años y el Cementerio General del Sur exudaba la milenaria seguridad de quienes están a gusto en sus casas. Me cuentan que ahora es un lugar horroroso y vengativo, depositario de una miseria que se lleva hasta los huesos para ceremonias macabras. Esa mañana de otro siglo, de otro milenio, deslumbrado por las esculturas dedicadas a los muertos y a la muerte, yo estaba perplejo, observando cómo sepultaban a un hombre que quizás había vivido más de la porción que le tocaba, mientras sus deudos se lo reprochaban con indiferencia y oraciones mecánicas. Quizás hasta recordé la frase “Vamos a enterrarte como Dios manda”, lo mínimo que podemos exigir en esta vida.

En medio de un sopor de cuchicheos, resaltó un grito entre los cuerpos vestidos con trajes de lana gruesa y negra:

—¡Mi cartera!

Como si un general estuviera pasando revista a la tropa, todos los asistentes, antes en posiciones desgarradas, se pusieron firmes y con una fuerte palmada al unísono, como dándose una marcial nalgada, revisaron el bolsillo posterior de sus pantalones. Dos

o tres repitieron la frase original: “¡Mi cartera!”, y se miraron unos a otros buscando ya con vengativo rencor al culpable. Solo mi padre, quizás por lo alto, logró una visión periférica y dijo señalando con el dedo a alguien que estaba muy cerca del hoyo:

—¡Es ese!

Al sentirse advertido, el carterista entró en pánico y decidió correr. Tuvo pésima suerte. Le había tocado la despedida a un jefe civil, oficio con leyendas de linchamientos, y lo persiguió una horda sin sentimentalismos ni esas profundas tristezas que debilitan los cuerpos, ni damas que apaciguaran la ira con exclamaciones de horror.

El pillo vendría de varias faenas, pues le encontraron más carteras que las faltantes. Lo golpearon mucho, demasiado, incluso en nombre de sus previas y futuras víctimas.

Cuando la poblada victoriosa regresó a la tumba que faltaba rellenar de tierra, rodeó a mi padre felicitándolo. Luego le preguntaron:

—Pero, ¿cómo supiste quién era el ladrón?

Martín Vegas, abrumado por la violencia que había desatado con solo estirar el brazo, respondió apuntando esta vez hacia la razón de la convocatoria:

—Porque era el único que lloraba.



La carpa

A los quince años un niño debe asistir a la muerte de su abuelo.

Son tan distintos el abuelo materno y el paterno. En mi caso la diferencia es mayor porque no conocí al padre de mi papá. Pero ese es otro tema. Ahora quiero hablar de un padre a través de la madre. Una figura masculina que tiene algo de maternal se presta a confusiones y a felices hallazgos.

Comienzo en el momento en que mi madre me deja frente a la casa del abuelo en El Rosal y se va con mis tíos a preparar unos trámites. Antes de subir a su habitación entro en la biblioteca y recorro los estantes. Todavía sueño que regreso en secreto y puedo llevarme los libros que quiera; los entresaco desesperado y me rodeo de montones hasta darme cuenta de unas posibilidades inagotables. Mi avidez se transforma en angustia, en un alud, y me despierto.

La habitación del abuelo huele a remedio y a una colonia con algo de limón dulce. Se está muriendo de enfisema dentro de una carpa de plástico inflada con oxígeno, rodeado de las tías que han venido desde Ciudad Bolívar. En una fila de sillas se mecen entre el llanto y el chisme. Primero se ríen contando alguna de las travesuras del abuelo, luego recuerdan sus gestos de cariño mientras lloran juntas y se atracan de galletas y carato de parcha.

Salgo del cuarto y me encuentro en la escalera a Berlides subiendo con otra bandeja de galletas humeantes. Al verla caminar pienso que todas las mujeres de la familia se darán cuenta de nuestro secreto.

Hacía unos meses se había iniciado mi estado de vigilia, de expectativa, de iniciación y tensión perpetua. Primero me acostaba por horas sobre un frío piso de granito con la carátula de un disco de Sarita Montiel: *El último cuplé*. Doblaba y soplabla tratando de vencer la púdica resistencia del cartón y, cada cierto tiempo, por un instante, se daba el milagro y el escote se entreabría ligeramente.

En largas mañanas de domingo realicé arduas investigaciones en los libros de anatomía de mi abuelo. Me asomé a nalgas enormes descolgándose llenas de sarpullidos y sarnas leves; a tetas asombrosamente asimétricas, otras desinfladas o entorchadas, o alegres como aguacates en sus ramas, o con el desenfado de un tobogán, o mostrando la noble rusticidad de las alforjas de minero. Enfoqué pezones semejantes a lenguas de loro o rígidos como tornillos; también los había amplios y esféricos como planetas con aureolas, lunas y satélites. Conocí vulvas de largas y lacias barbas, algunas parecían erizadas por un cortocircuito, con cortes de mohicano o como bocas de bulldog, otras eran lampiñas y casi impercepti-

bles. Había muslos con manchas a dos tonos, resignados y semicubiertos por batas verdes. Y aquella fauna de eruptivas y dolor lograba cautivarme. Iba surgiendo una mujer gigantesca, formada por datos concéntricos, construida de talco y de niñas, de películas, telas, roces y premoniciones. La acción y el deseo se acercaban lentamente.

Mi vecino de la calle Glorieta era el flaco Ortiz. El flaco era capaz de los más diversos esfuerzos, trampas o sacrificios para obtener lo que quería. Ofrecía tratamientos para las espinillas; prometía clases de piano, hipnotismo, judo y ajedrez. Decía que era secretario del Sindicato de Artistas o contrabandista de telas. Cortaba pollinas, hacía trenzas, leía las manos, reparaba lavadoras y regalaba pomadas y vestidos que le robaba a su mamá. Cantaba y se declaraba en inglés; se hacía pasar por exseminarista, por virgen o por sordomudo, cualquier cosa que sorprendiera y sacudiera las defensas ya exiguas de sus víctimas. Adormecía los ojos y las mujeres se acurrucaban. Sus pestañas entrecerradas iban con mínimos movimientos del desinterés a la pasión provocando desconcierto y acatamiento. Era el azote de la urbanización. Su territorio comenzaba en la bomba de Chuao y terminaba tres cuadras más allá del automercado.

En la avenida Río de Janeiro vivía un agregado militar que se la pasaba de viaje. La casa la cuidaba y limpiaba Albina. El flaco Ortiz la descubrió antes que nadie. Él me llevaba unos tres años, más de un quinto de vida en ese entonces, pero yo le caía bien, sabía escuchar sus teorías y aventuras con seriedad.

Por considerarme su discípulo me llevó una tarde de vacaciones a casa de Albina para ayudar en

una limpieza a fondo. Ella había invitado a una amiga llamada Anuncia, que trabajaba en el edificio Cunaviche.

El flaco era un tipo organizado, de los que no se precipitan. Lo recuerdo caminando siempre con suavidad directo hacia su meta. Con él no había incertidumbre ni ratos vacíos, la acción era continua y ordenada, sin malos entendidos ni segundas intenciones. Empezamos por la sala y el comedor. Se sacaron todos los muebles, llenamos el piso con agua jabonosa y jugamos a lanzar a Anuncia y a Albina desde los extremos del salón para que rodaran girando como carritos chocones hasta el centro del salón. Ya desde aquellas primeras escenas yo estaba abismado por la escala de la rochela y pensé que algo estaba a punto de explotar, pero el flaco tenía el don de la medida y lograba mantener las situaciones en su justo nivel de placer, no se desbocaba con los uniformes mojados, ni con las risas. Había previsto una secuencia y un horario precisos.

Albina tenía cosquillas en todo el cuerpo, no solo en las zonas tradicionales como las costillas flotantes y las axilas, bastaba con acercarle los dedos erectos y amenazantes para que le brotaran carcajadas. Cuando el flaco la hizo reír hasta orinarse y luego le gritó cochina y la roció con una manguera, yo comencé a darme cuenta de mi abismal inocencia y miré aquello con recogimiento. No sabía que la lujuria rozaba tales límites. Fui perdiendo las fuerzas de un actor para sentirme espectador y aprendiz.

Anuncia era tan mansa y tan fea que facilitó mi actitud contemplativa. Por entre la nariz y la nuca le salía un ruido de satisfacción que sonaba digestivo y venerable, como el murmullo de quien toma una infusión muy caliente.

El flaco Ortiz inventaba unas leyes que cumplía con seriedad. Así estiraba los eventos. Su táctica consistía en tratar a Albina con maldad mientras más la deseaba y con cariño cuando se aburría. Sabía bien que la pasión es recurrente y la apatía pasajera.

Al caer la tarde pasó con Albina a la habitación del general y cerró la puerta. Se portaba como un gran señor. Se darían un baño caliente, él se pondría una bata y le probaría a Albina la colección de pantaletas que tenía la esposa del militar. Otro se hubiera lanzado de cabeza en el agua jabonosa de la sala al inicio de la sesión y allí hubiera terminado extenuado y vacío. Ortiz, en cambio, llegaba con parsimonia a la cama del cuarto principal después de aprovechar todas las diversiones y facilidades que le ofrecía la casa.

Yo me quedé con Anuncia empapada y estornuando en el sofá de la sala. Le besé los brazos y la piel le sabía a vinagreta. Le tomé una mano y sentí que su dedo meñique era más frío que los demás. Me contó que se había cortado el nervio abriendo una lata de Diablito y que tenía ese dedo muerto. La mano entera comenzó a enfriarse y a cambiar con esa luz que aparece cuando comienza a caer la noche. Esas evanescencias, sumadas a sus ojos meditabundos y opacos, me llenaron de miedo y de culpa. Corrí hacia mi casa sin más pecado que el de la perplejidad.

De Armas, un amigo del flaco, fue mi sucesor en la casa del general. Luego se sumó el grupito de cuarto año y todos estuvieron dando función por unos dos meses hasta que un cruzado eucarístico los acusó con el padre espiritual y comenzó en el colegio la famosa "Purga de los sirvientes", llevada con saña y astucia por el cura rector. Yo me salvé gracias al gélido meñique de Anuncia.

El flaco Ortiz enamoró a una demostradora del automercado que promocionaba unos potecitos de leche condensada y abandonó a Albina, quien se tomó un buche de Diablo Rojo, pero se recuperó pronto y no pasó mucho tiempo sola, ya era una leyenda. Empezaron a coincidir por la Río de Janeiro amoladores de cuchillo, turcos con maletas de ropa, plomeros y maestros de las construcciones vecinas, heladeros y hasta Teodosio aminoraba el paso en la vía con sus caballos de alquiler. Albina les hacía un show de vespertina. Brincaba como Isadora Duncan frente a la ventana que daba a la calle, sin aviso, ni fórmula, ni precio, ni secuencia lógica. De nada valía rogar o amenazar con tirar piedras, los saltos de Albina desnuda o apenas cubierta con una funda de almohada, eran fugaces e inesperados. Más tarde se enamoraría de un profesor de la autoescuela Rossini y sus actuaciones terminarían.

Para entonces, mi familia ya se había mudado más allá de El Hatillo y Chuao no era más que un recuerdo insatisfecho.

Mi abuelo siempre ocupaba la cabecera de la mesa y desde allí reinaba. Tenía una colección prodigiosa de dulces de hicaco, lechosa y cabello de ángel, pican-tes traídos de Guanajuato o Guayaquil, una batidora eléctrica y un amolador de pedal. A mí me sentaba a su lado para corregir mis modales con golpes de cucharón. Un día, mientras amolaba un cuchillo enorme para cortar un pernil, las chispas de fuego cayeron en mis caraotas. Cuando mi abuela le advirtió sobre aquella lluvia refulgente, él explicó que me haría bien una dosis extra de hierro.

Era un alquimista, un Merlín culinario. Para evitar que lo salpicaran sus proezas y desastres, se cubría con un mantel que lo envolvía como si lo fueran a afeitar. Era el hombre más feliz que jamás vi en un comedor y el de mejor comer. Mi abuela sabía que entre una mesa y una cama solo hay una diferencia de altura y lo complacía, lo dejaba inspirarse, llenarse de vida y de placeres que después de algunas siestas se revertían en ella.

Les gustaba viajar solos. Eran una pareja feliz, hermosa. Ella tenía un cutis y una sonrisa como en los cuentos las hadas buenas. Así la recuerdo, como un paradigma de fantasía y santidad. En mis primeros recuerdos llegamos a su casa, yo me bajo de la camioneta y ella me espera en la puerta. Puedo sentir en sus ojos cuánto le gusta verme correr y brincar hasta abrazarla.

Cuando ella murió, sin avisar, sin quejarse, el abuelo se mudó de la casona en La Castellana a una casa pequeña en El Rosal y se dedicó a fumar y a hacer crucigramas. Nunca más he visto viejas tan atractivas como las que lo persiguieron, pero a todas las enamoraba y las despedía con la misma triste y leve sonrisa. En las tardes salía en interiores con un bate y apaleaba unas trinitarias sembradas en los linderos de la casa. Sostenía que era la mejor manera de poderlas, y era cierto. Las ramas parecían disfrutar los golpes furiosos y de cada batazo brotaban en pocos días puñados de flores agradecidas.

Al principio, lo cuidó una vieja española que le cocinaba paellas y mondongos, pero tuvo que marcharse porque a los pocos meses también se enamoró de mi abuelo. Se le quedaba mirando hasta ponerlo nervioso y se retorció sin motivo aparente apenas él le hablaba.

Yo le tenía miedo a aquel héroe que había dejado de tener tratos con el destino antes de tiempo. Su fuerza inaudita, digna de grandes hazañas, se desplegaba con efectos mágicos sobre las cosas sencillas y las situaciones ordinarias. La gente le temía o lo adoraba sin entender aquella solitaria intensidad. En su nueva casa de El Rosal los almuerzos no fueron iguales, no tenían el despliegue y los colores, ni los platos y sorpresas que la abuela le entregaba. La mesa se llenó de remedios y de libros, de alicates, sombreros y cajas de tabaco.

Mi padre se había mudado, como siempre, tan lejos de la ciudad como le era posible, y la única manera de ir a una fiesta en Caracas era quedándome a dormir en casa del abuelo. No había manera de llegar a la mía tarde en la noche. Era necesario convertirlo en mi amigo para tener entrada fácil a un mundo que él iba cerrando a todos y decidí ganarme su cariño. Planifiqué una serie de conversaciones sobre historia de Venezuela. Sabía que el tema le agradaría y, ya bien preparado, me senté a su mesa a disertar sobre Guzmán Blanco. Fue como sacar un genio de su lámpara mágica. Me miró con tanta ternura y sabiduría que no pude terminar mi pregunta. De un solo vistazo ya sabía de mis miedos infantiles, de mis verdaderas intenciones y, por supuesto, poseía todas las respuestas.

Era misterioso escucharlo. Algo en el tono de sus palabras sugería que muchos otros hombres también estaban presentes en aquel comedor. Su voz parecía partir de muchas bocas y llegar a más oídos que los míos. A partir de aquella primera sesión pensaba más en las mañanas de los domingos junto a mi abuelo que en las fiestas de los sábados por la noche.

A las dos semanas comencé a leerle mis poemas. Trataban sobre la vieja casa en La Castellana, de cuando estaba viva mi abuela, de momentos y rincones que nadie sino él y yo recordábamos: el enorme fregadero, las cerámicas sueltas del baño, el albañal del patio que siempre se tapaba con la cosecha de mangos, el morrocoy perdido que reapareció a saludarlo el día de su santo.

Mientras buscaba el papel de un sexto poema reparé en su rostro y lo vi extasiado. Miraba su jardín abandonado y mecía levemente el cuello. Apreté las manos entre mis rodillas pensando que mi abuelo estaba conmovido y leí con más brío y volumen, pero no era el sentido de mi poesía lo que sus ojos enfocaban.

Berlides había comenzado a trabajar en su casa esa misma semana. En el momento en que pasó frente a nosotros yo solo noté el balde de plástico lleno de agua y sus pies descalzos. No era bonita, pero cuando a través de la mirada profunda de él la viregar los helechos y peinarlos pasando las manos abiertas entre las ramas secas, me callé avergonzado.

El abuelo me pidió que continuara, necesitaba de mis palabras y de la luz de la mañana para que sus recuerdos y anhelos siguieran flotando. No me hacía falta leer, eran mis propios poemas, escritos por mí, y podía recitarlos de memoria mientras lo acompañaba en aquella mirada pausada y nutritiva. Mis palabras se hicieron menos importantes que el sonido de mi voz; podía hablar sobre cualquier cosa siempre que lo hiciera en el mismo tono y él permaneciera al otro extremo de la mesa y Berlides aún tuviera agua limpia en su balde.

Cuando ella giró hacia nosotros se rompió el sortilegio. Yo bajé mi rostro a los poemas, simulando

que los ordenaba. Mi abuelo se quedó inmóvil y continuó con el mismo vaivén mirando los pájaros y las grandes hojas del jardín mientras ella huía a la cocina a través del patio del lavadero. A partir de ese instante éramos tan amigos como pueden llegar a serlo dos hombres. Ya solo nos faltaba separarnos.

Una vez que Berlides formó parte de aquella mujer concéntrica y creciente que guió los inicios de mi juventud, todo el incierto organismo pareció estar en función de ella: la fiesta del sábado, la casa del abuelo, los poemas, el pequeño jardín, el dedo de Anuncia, los consejos del flaco, las purgas y las confesiones, el punzante anhelo.

Después de observarla durante las mañanas de los domingos y luego de pensar en ella toda la semana, me aprendí de memoria su forma de caminar por la casa, de secarse las manos agitándolas en el aire, de doblar las sábanas y planchar las camisas del abuelo, de esconderse tras la puerta de la casa cuando me la abría, de servirme el agua evitando que cayeran los hielos de golpe en el vaso, de aferrar sus dos manos a la baranda al cruzarnos en la escalera, de evitar mi mirada. Cuando me imaginaba bajando en medio de la noche a su habitación sentía tanto miedo como antes de una pelea en el colegio, pero sabía bien que después del primer golpe, las peleas no eran tan malas.

Un sábado, después de un partido de fútbol, llegué a casa del abuelo para cambiarme e ir a una fiesta. A las cinco de la tarde fui a buscar algo de beber a la cocina y escuché el agua de una ducha. Corrí hasta el jardín y trepé por el muro del lindero. En mi ruta hacia la pequeña ventana basculante del baño de Berlides encontré, como en la vieja casa, trinitarias plenas de flores. Mi avanzada fue similar a la del príncipe por la espesura hacia el castillo encan-

tado para besar a una bella durmiente, pero yo tenía pantalones cortos y carecía de espada. A mi paso vi gatos y bachacos. Mientras me movía con sigilo para no agitar las ramas, las espinas me iban cortando los brazos, las mejillas y los muslos, pero el agua sonaba cada vez más cerca. Los rasguños me gustaban, sentía que me harían mercedor de un placer inaudito, inmensurable. Cuando llegué a la ventana, Berlides estaba tras la cortina de la ducha. Esperé. El sitio era propicio y no había mosquitos. Situado sobre la caseta de las bombonas de gas y protegido por las sombras de la trinitaria podía ver si llegaba el carro de mi abuelo. Los vidrios estaban opacos por el vapor y tenía poco tiempo para dejarlos listos para la función. Limpié una parte y se notaba, decidí limpiar toda la ventana para dejarla pareja, entonces se cerraron las llaves del agua.

Al principio fue una imagen celestial que generaba más devoción que deseo, luego comencé a sentir en la boca y en las piernas ganas de tocarla, de aplastarla con todo mi cuerpo contra las paredes. Ella se quedó inmóvil, esperando que se le secara la piel con el calor de la tarde. Se pasó la mano por las piernas como si saliera de un río y sacudió la cabeza golpeándose la espalda con la cabellera. Luego giró varias veces sobre un mismo pie y descansó frente al pequeño espejo. Tomó un paño diminuto. Desde mi observatorio no era más grande ni más rojo que mis labios. Lo usaba para secarse el cuello y las manos. Le gustaba que la humedad y el frío permanecieran en el resto de su piel. Se asomó por la puerta a ver si había alguien en el lavadero y corrió desnuda hasta su cuarto, donde ya no podía mirarla. Mi camino de vuelta fue más lento e hiriente. Ya era de noche.

En la fiesta me fue bien con los rasguños. Di la explicación más parecida a la verdad: había tenido que rescatar un gato atrapado en una enredadera. Pero no sabía muy bien qué le contaría a mi abuelo el domingo en la mañana. Entonces conseguí que un amigo que tenía carro me llevara hasta mi casa.

Decidí que el siguiente sábado entraría en el cuarto de Berlides. No me importaba si ella gritaba, ya sabía lo que era estar arañado y valía la pena. Era preferible que mi abuelo me botara de su casa a sentirme como un cobarde. Irrumpiría despacio, mis movimientos serían lentos y cariñosos. Le daría todo el tiempo que ella quisiera para negarse o aceptarme. Dejaría que la noche misma me enseñara a pasar de la ansiedad al amor.

Era tarde y Berlides se demoró en abrir la puerta de la casa. Entré y no me moví, la miré mientras cerraba la puerta y pasaba la llave. Ella se fue hacia su cuarto sin hablarme. Pensé en seguirla pero convenía que primero el abuelo sintiera ruidos en mi habitación. Me senté en la cama a esperar vestido. Quería acostumbrarme a los murmullos y aromas de la noche. Podía escuchar el ventilador del abuelo pero no su respiración. Sentí el rumor de las paredes y los techos estirándose con el frío. La casa entera parecía bostezar. Luego escuché el primer silbido de un pie descalzo al despegar de un escalón. Primero los pasos dudaron y los intervalos fueron lentos, pero pronto prefirieron la brevedad al sigilo y sentí las agudas notas del mismo pie desnudo al girar veloz sobre el piso recién pulido.

Yo, el atacante con un plan preconcebido, aguardé a que Berlides se presentara en mi propia guarida.

Estaba desconcertado y mientras trataba de prefigurar su silueta en la puerta de mi cuarto, comprendí que era otra la puerta que se cerraba con una lejanísima suavidad.

Vino una segunda espera. Aún vestido y sentado sobre la cama aguardé a que mi cuerpo entendiera los nuevos acontecimientos. Me acerqué en medias a la habitación de mi abuelo y me paré a escuchar una señal, una explicación, pero mi pudor y respeto me impidieron posar el oído en la puerta. Inmóvil y algo mareado me aferré a la verdad. Debía entender que tanta sabiduría, fuerza y soledad merecían ser recompensados. Pero necesitaba alguien a quien contarle mis deseos transformados en sorpresa para así convertir aquella digna derrota en conocimientos sobre la vida. A nadie le conté esta historia hasta hoy, hasta este momento en que creo voy a llegar al final.

Al día siguiente mi abuelo me despertó temprano y me pidió que lo acompañara al entierro de un amigo. No dejó que Berlides nos sirviera el desayuno. Comimos en una panadería. En el camino no hablamos, solo me pidió que lo esperara en el carro mientras él entraba a dar el pésame. Lo vi saludar a sus viejos compañeros y escucharlos entre ausente y fastidiado. De regreso a su casa me explicó que estaba viejo y le costaba mucho volverse a dormir cuando yo lo despertaba al llegar tarde. Me pidió que no volviera a dormir en su casa.

Quise hablarle de hombre a hombre y decirle que comprendía y aceptaba el peso de sus verdaderos motivos. Justo en ese momento tuve que disimular una extraña alegría, unas eufóricas ganas de reír. Me imaginaba, señalando con mis dos manos abiertas el par de senos que le rodeaban la calva en las noches hasta quitarle el insomnio, las tersas razo-

nes que lo tranquilizaban para agarrar el sueño y lo protegían del sol de la mañana. Pocas veces se han juntado tantas cosas a la vez en mi corazón: estaba orgulloso de él y harto de mirarlo sin tocar; quería continuar nuestra amistad y también proteger su aventura. Triunfó la segunda opción en ambas alternativas. La única manera de ayudarlo era hacerme el nieto dolido y rencoroso, solo así él disfrutaría seguro y tranquilo de sus últimas noches. El padre de mi madre no tenía edad ni tiempo para tener rivales o cómplices.

Los sentimientos intensos son más fuertes al negarlos que al afirmarlos. Mi madre pensó que estábamos peleados. Cuando comenzó la enfermedad del abuelo, me pidió con una mezcla de ruego y regaño que la ayudara a cuidarlo. Me recordó cuánto me había querido él siempre, pero era huraño y desde la muerte de la abuela solo pensaba en destruirse para estar con ella lo más pronto posible. Yo era el mayor de los nietos y tenía que estar a su lado como un hijo menor.

Esa tarde me senté detrás de la carpa, junto a la ventana, así me escondía de las visitas y la repartición de besos de mis tías. Nunca habíamos vuelto a estar solos el abuelo y yo. Las pocas veces que nos vimos, él no pasó de preguntarme sobre mis estudios y cuándo me cortarían el pelo. Hablaba muy poco, cada una de sus frases debía pagarla en oxígeno. Era otro hombre, ya no era el viejo de cabeza noble, recia, magnífica. Estaba flaco y como anacarado, sin plancha y abriendo la boca más que cerrándola. A veces incluso sus ojos perdían vigor, se me quedaban viendo y yo

los advertía sin brillo, sin dominio, llenos de un manso agradecimiento.

Mi madre lo complacía ciegamente. Sabía que cada orden la habría meditado por horas buscando fuerzas para hablar. Cuando sacó una mano de los plásticos y la llamó, ella metió la cabeza en la carpa transparente y trató de pegar la oreja a su boca esperando un secreto, pero el abuelo dio la orden con gritos y bocanadas:

—Diles a estas viejas que salgan.

Mis tías obedecieron solícitas, disfrutaban con sus malcriadeces y, además, esta orden era el usual preámbulo para las actividades sagradas y engorrosas en las cuales solo mi madre y yo podíamos ayudarlo.

Volvió a sacar la mano y mi madre entró de nuevo en la carpa:

—Tengo miedo, dile a Berlides que venga.

Mi madre no dudó, pensaba con rapidez. Llamó a Berlides y le pidió que trajera una bandeja vacía. Apenas entró en la habitación cerró la puerta con botón. Berlides dejó la bandeja en una silla y se dejó llevar ante la carpa. Mi abuelo ni siquiera la miró, estaba concentrado en respirar. Golpeó las sabanas suavemente con la palma de la mano mientras trataba de arrimarse y darle sitio a Berlides. Con ese mismo gesto me invitaba, cuando yo era muy niño, a leer juntos los suplementos de los domingos en la mañana.

Berlides se quitó las sandalias y entró en la carpa sin doblar la espalda. Se recostó a su lado dejando que sus senos se apoyaran plenos y firmes en su pecho y le acarició la cabeza manteniendo los dedos a milímetros de la calva. Las pocas hebras de pelo de mi abuelo se estiraban para rozar la palma de su mano. Aquellas tiernas cosquillas le hacían sonreír.

Se veía apacible. Se sabía comprendido por su hija, por su nieto y por la niña que lo había amado al final de su vida.

Mi madre ignoraba que yo seguía inmóvil al otro lado de la cama. Todo había sido muy rápido. Ella, como Berlides, solo pensaba en cuidar a mi abuelo y una vez que lo vio tranquilo fue cuando se dio cuenta de mi presencia. Nos miramos a través de la carpa. Éramos dos fantasmas desdibujados por las paredes de plástico. Le tomó su buen tiempo comprender que un niño a los quince años ya es o quiere ser un hombre. Al contemplar a su padre tan frágil como amado, la muerte no le pareció tan terrible ni yo tan inocente.

Antes de morir, mi abuelo pasó una semana inconsciente y Berlides lo lloró junto a las tías. Mi virginidad duraría un par de años más y la iniciación no sería menos apropiada o romántica que la del resto de mi generación, pero acaso yo tenía la ventaja de un horizonte bellísimo. Aún aspiro a tener un nieto leal y una niña que me haga cosquillas en la cabeza cuando entre en los predios de mi propia carpa.



Un suspiro de mantequilla

A los pocos días de morir mi padre me llegó un correo de Oscar Carpio. Oscar era el decano de la Facultad de Arquitectura cuando empecé mis estudios. Mientras leía su carta lo recordé cuarenta años más joven de los ochenta que debía tener. Puedo verlo sentado en el auditorio de la facultad enfrentando a una asamblea de estudiantes enardecida que exigía una renovación sin más rumbo que el jubiloso placer de saltar al vacío. Su expresión de perplejidad y mareo surgía de un alma buena y dulce que luego se refugiaría en la enseñanza de los niños.

Yo estaba huyéndole a una tristeza bien capaz de abatirme cuando leí su carta breve y llena de cariño:

*Estimado Federico.
Como tú y yo no frecuentamos la misma geografía no te pude ver en los días*

siguientes a la muerte de tu papá. Dicho esto, te hago llegar una anécdota que espero te transmita el buen recuerdo que guardo de Martín.

*Estamos en el año 1957, y yo tenía mi casa en el Alto Hatillo. A Martín, que vivía no muy lejos, lo veía poco. Era la época de las “conspiraciones” para enfren-
tar el régimen de Pérez Jiménez y entre rumores y otras inquietudes de quienes no militábamos en la política partidista, nos llegó un momento en el que nos vimos involucrados, a través de la Facultad de Arquitectura y en pareja con Martín, tuvimos que recolectar las firmas de adhesión de los colegas profesores para un comunicado que reflejara nuestra protesta y repudio... ya te supondrás.*

Independientemente del éxito mayor o menor de ese compromiso, Martín y yo hicimos una relación de amistad y respeto mutuo que duró hasta la fecha.

El deber se unió a otros esfuerzos y dio resultado. El dictador salió huyendo y hubo más muertos en la celebración y en las retaliaciones que durante el derrocamiento, pero sé que aquellos jóvenes arquitectos vivieron antes días de suspenso y peligro. Mi padre me contó sobre un profesor que decidió eliminar su firma de ese comunicado la noche previa a su publicación. Apareció tembloroso e implorante en nuestra casa y papá procedió a tacharlo embadurnando su firma con tinta china, pero el hombre insistió:

—¿No será mejor recortarla?

En esos días nos acabábamos de mudar al Alto Hatillo y todavía no me acostumbraba a la nueva casa. Una noche mi madre me acuesta temprano y sueño que estoy de viaje. Alguien me carga en brazos mientras avanzamos entre una música de cuchi-
cheos y secretos. Al abrir los ojos estoy en un sótano sin ventanas, acostado en una cama de campaña que suena como un abrelatas. A poca distancia veo dos camas idénticas a la mía en tamaño y chirridos. Mis padres están conversando en voz baja. Tengo miedo y no sé qué hacer. En las pesadillas uno corre a la habitación de los papás y yo ya estoy con ellos. Me pregunto dónde estarán mis hermanas. Por el aspecto del lugar comprendo que se trata de una aventura donde solo puede participar el hermano mayor. Ese frágil efluvio de orgullo me ayuda a volver a dormirme.

Cuando vuelvo a despertar, mi padre ya no está y ya no lo veré más por varios días y noches. Mi madre sigue durmiendo y me dedico a explorar el lugar. Hay una sola maleta para todos y varios libros en una silla. Me fastidio y observo a mamá por un buen rato hasta que abre los ojos. Me mira como si a ella también la hubieran transportado mientras dormía. Le pregunto:

—¿Tienes hambre?

—No tanta como tú —contesta mientras bosteza.

Se queda mirando el techo hasta que brinca de la cama y me invita a una excursión:

—Vamos a ver qué hay arriba.

Estamos en una casa grande y deshabitada. No hay nevera en la cocina y no recuerdo qué desayunamos. Abrimos dos puertas corredizas y llegamos a un corredor frente a un jardín. Mamá me advierte que no puedo acercarme a un muro de piedra en el

borde del lindero. Pienso que allí debe haber un precipicio. En el jardín hay una montaña de tierra negra y muchas plantas sin sembrar. Le pregunto por los nombres pero ella no sabe cómo se llaman, señal de que sí estamos en un lugar lejano y misterioso.

Voy entrando en esos lentos juegos de los niños sin amigos en los que una hormiga puede ser un tanque de guerra en una avanzada militar. No hay escala ni tiempo. Más tarde entro al corredor y abrazo a mi madre. No me atrevo a decirle que estoy fastidiado. Ella suelta su libro y canta unas estrofas en voz muy baja mientras me acaricia.

No sé cuánto tiempo estuvimos en aquel sitio, solo puedo dar fe de dos mañanas. Las noches se convierten en la misma tensa alegría de tener a mi madre y a mi padre, quien siempre está a punto de llegar a aquel sótano de tres camas endeblés donde únicamente pueden entrar los niños que hayan cumplido seis años.

El siguiente amanecer comienza mucho antes de la salida del sol. Vuelven a cargarme. Siento por fin los fuertes brazos de mi padre. Esta segunda vez estoy bien despierto y le pido que me suelte. Salimos al jardín y nos sentamos los tres sobre el muro de piedra que da al abismo. Años después mamá me contó que vimos cuando el avión del dictador, “La vaca sagrada”, despegó de La Carlota. Yo solo pude ver una ciudad brillante y fuegos artificiales tan lejanos que creí que todos los bombillos estaban explotando.

Cuando comienza a aparecer el sol le pregunto a mi madre:

—¿Qué ciudad es esa tan bonita?

—Es Caracas... Estamos en Caracas.

No me gusta la respuesta, me parece un engaño

injusto después de haber estado tan unidos y lejos de todo.

—¿Entonces dónde está nuestra casa? —vuelvo a preguntar retándola.

—Aquí... Al lado.

Unos primos de mi padre nos habían prestado una casa en construcción. Nunca se llegaron a mudar. Vino la crisis del final de la dictadura y les costó mucho venderla, por lo que pude visitar varias veces nuestra desierta guarida.

Esta parte de la historia de mi familia explica la tensión que sentí mientras leía la carta de Oscar. Estaba esperando una revelación que terminara de despertar otras escenas del comienzo de 1958.

... Todo esto Federico, no tiene mucho que ver con lo que sigue, pero igual te lo voy a contar.

Una mañana de aquellos días conspirando, me presenté en casa de Martín a la hora del desayuno para compartir lo que había en la mesa: pan tostado, mantequilla, mermelada, café. Para ese momento no nos conocíamos demasiado, por lo que me sorprendió oír a tu papá diciendo, y demostrando, que al pan tostado “no se le pone sino un suspiro de mantequilla, así como ves, Oscar”, y dijo todo eso con tanta propiedad y suficiencia que se me quedó grabado, créeme, para el resto de mi vida.

Fin de la anécdota. Pero, ¿a qué viene todo esto? Pues a que desde ese día, cuando hago el ritual de preparar mi desayuno en la mañana me viene a la mente la

imagen de Martín contándome aquel secreto.

No lo tomes a mal, Federico, te aseguro que es un recuerdo demasiado agradable, lleno de afecto y humor.

Te hago llegar estos pensamientos con un cordial abrazo.

La primera lectura me desilusionó, pues esperaba un dato, la revelación de una valiente gesta de mi padre que enajenara y explicara su ausencia en el viaje más emocionante de mi vida.

Pasan las semanas y comienzo a sonreír como en las despedidas amistosas. No estoy para más reflexiones. Sé que la tristeza continúa acechándome, preparando su definitiva invasión. También sé que repesar el dolor hace daño, pero prefiero mantener la contención.

Existe además un pecado que he cometido y nunca podré perdonarme.

Tres meses antes se la muerte de mi padre, me fui a Barcelona a terminar una novela que se había vuelto insoportable. A los pocos días, todo parecía ajustarse a lo que necesitaba, como si en la calle Ali Bei donde vivía estuvieran las coordenadas geográficas ideales para mi paz y creatividad. Una noción falsa pues yo no estaba buscando, sino huyendo de la larga enfermedad de mi padre, de las leves mejorías y la celebración de cada una de sus breves y pícaras sonrisas, de sus últimas frases ingeniosas, de alguna mirada plácida entre largos pasajes de ansiedad, de su insistencia en reconocermme con placer, sin esfuerzo, como si yo fuera su último eslabón con la conciencia. Todo había sido tan lento y gradual que tres meses deberían ser muy poco y pa-

sarían tan rápido que podría volver y encontrarlo casi igual.

Hubo una llamada en la que me habló con tanta fluidez que no supe qué responderle. Debía alegrarme de que estuviera tan bien, pero su misma vitalidad hacía que cada uno de los días que habíamos estado sin vernos, sin tocarnos, se convirtieran en una injusta traición. Enfrentaba la creciente dualidad de desear que descansara el que ya no era y no muriera el que fue. Siempre estaba tan bello. Hasta en sus momentos de mayor angustia, cuando daba otro paso más hacia el olvido y la perplejidad absoluta, transmitía nobleza y una gran dignidad.

La primera llamada fue de mi hermana:

—Si no vienes antes del domingo no podremos enterrarlo.

—¿Cómo que no van a poder enterrarlo?

—Jamás lo haremos sin ti.

Fue tanta su brevedad y recia su sencillez que me costó creerle, aceptar lo que desde hacía tanto tiempo sabíamos que estaba por llegar. Segundos después llamé a mi hija, que es diáfana, perceptiva, y le resulta imposible no compartir con franqueza lo que piensa. Solo le pregunté:

—¿Cómo viste hoy a Papapa?

—Lo visité hoy en la tarde. Está bello.

Como ya expliqué, encontrarlo bello era lo normal, así que debí ser más específico:

—¿Crees que está muy mal?

No le gustó mi pregunta y tardó tanto en contestar que usé las palabras que quería evitar:

—Mal como para morirse...

Entonces se abalanzó sobre mi frase y trató de interrumpir lo que ya estaba dicho:

—Eso no puede pasarle a quien huele tan divino.

Cuando mi hermana volvió a llamarme con la misma advertencia, mi esposa me dijo:

—Ese olor tan divino es que ya está muy cerca del cielo.

Vino la agitación de buscar pasaje para el día siguiente, esa precipitación en que cada hora equivale a un día o a un año. Había momentos en que parecía imposible llegar a tiempo y otros en los que las circunstancias se organizaban para ayudarnos. El vuelo salió a la hora exacta y los vientos del Atlántico ayudaron un poco. No encontramos cola en Inmigración y sucedió un hecho insólito que nos anunció lo urgente del compromiso: nuestras maletas salieron de primeras en la cinta transportadora. Esa noche había habido un derrumbe en la autopista, pero solo llegó a afectar al canal de bajada, y la vía hacia Caracas lucía recién inaugurada, como si los tres meses de ausencia nos hubieran transportado a los tiempos del dictador.

Al amigo que nos fue a buscar le pedí que nos dejara donde mi padre y se ocupara de llevar las maletas a nuestra casa. Esa diferencia de minutos parecía exagerada después de una ausencia tan larga, de las indecisiones, de las doce horas de vuelo, de tanta culpa por no haber estado a su lado.

Cuando se abre el ascensor me recibe mi cuñado, el más fuerte y más frágil de la familia. Está llorando y me dice que mi padre ha muerto. No le creo y grito:

—¡Papucho!

La vieja receta funciona, porque al entrar en su habitación tiene los ojos abiertos, o los acaba de abrir. Repito la fórmula “Papucho” en voz baja y mueve la cabeza como si buscara mi rostro en el techo blanco, ahora en penumbras. Toda la familia lo rodea. Luego me contarán que han estado cantando. Podría decir

que lo vi suspirar una vez, pero la verdad es que fueron dos, quizás tres.

Todos me dirán que me estaba aguardando. Les ruego que no insistan, pues significaría que lo hice esperar, alargando una agonía ya demasiado larga. Esta es la paradoja: el no poder perdonarme un pecado que atesoro. Desde esa orilla puedo contemplar, con la pasión del arrepentimiento, la otra, la de lo mucho que nos amamos, la de nuestra larga demora en dejar atrás mi rebelde y arrogante adolescencia y comenzar a comprendernos y a estar juntos, y a llamarnos todos los días como un par de comadres.

Pasan las semanas y olvido la carta de Oscar. Estoy saliendo para Margarita. El vuelo está retrasado y hago fila frente a una venta de arepas. Pido una de pernil y queso de clinejas. La dependiente tiene la cortesía de calentar el cochino en una plancha mientras otros clientes están indecisos entre aguardar su turno o alcanzar su vuelo. Sin prestarles atención, la mujer me pregunta:

—¿Le pongo mantequilla?

Veó que no es mantequilla sino margarina, una grasa que detesto, pero le digo para no ofenderla:

—¡Apenas un suspiro!

Le hace gracia y sonrío. Sé que voy a repetir esta misma ceremonia muchas veces, de diferentes maneras, en distintos aeropuertos y con diferentes destinos, y trato también de sonreír. Pero presiento que todo está a punto de desbordarse en un mal momento. Y así ha de ser. Terminó llorando con una arepa de pernil y queso entre mis manos.

Relatos engrapados por un algoritmo

Esta pequeña obra no fue el producto de un plan minucioso gobernado por un cronograma alemán. Fue lo contrario, el *default* de innumerables proyectos literarios que Federico y yo concebimos y acordamos realizar en cada una de nuestras tertulias semanales; dos o tres horas de conversa maravillosamente caóticas, cuando aún vivíamos en Caracas y el café del amigo José Luis Tirado, en Los Palos Grandes, era un cálido lugar de encuentros. Pero tan buenos somos el Vegas y yo en eso de no concretar proyecto alguno, que al final ni siquiera produjimos un libro “en físico”, sino seis relatos engrapados por un algoritmo que solo existirá en “la nube”. Queda el consuelo de saber que, como ocurre en tantas otras, nuestra amistad también ha hecho de los sueños fallidos parte de la complicidad de ser amigos.

No lo hemos sido de toda la vida, sin embargo. Nos conocimos hace apenas unos quince años, en

un restaurante chino de la Primera Avenida –también en Los Palos Grandes– frecuentado por artistas y estudiantes, y poco a poco, con la cautela de ser ya dos señores cincuentones, hemos ido construyendo lo que en mi caso, y seguramente también en el suyo, viene a ser una amistad improbable. Una suerte de puente colgante calculado al límite que desafía la gravedad y los vientos y une dos existencias absolutamente dispares, cualquiera sea el ángulo desde el que se las mire.

A mi entender, un par de elementos han sido importantes para hacer posible esta amistad que derrota las estadísticas. El primero es que nos conocimos cuando ninguno de los dos tenía, en el ámbito de lo intelectual, nada que demostrarse a sí mismo ni a los demás. El otro es que las diferencias enormes entre nuestras experiencias vitales no han sido, como casi siempre ocurre, factores de alejamiento, sino un imán que nos atrajo.

Años antes de encontrarnos había leído su libro de cuentos *El borrador*, lo primero que leí de él, y desde entonces lo he admirado. Me impactaron la hermosura de su prosa y el mural armado con relatos de un mundo caraqueño del que poco o nada sabía. Gracias a esa lectura pensé entonces que mis cuentos margariteños –que no había siquiera intentado publicar– bien podrían causar en los lectores de otras esferas el mismo efecto y curiosidad. Así, por pura emulación, nació *Margarita infanta*, publicado en 2008, pero escrito casi en su totalidad en el siglo anterior, y, también, *La otra isla*, un cuento más largo. Por eso, además de la admiración que siento por el escritor y artista que en efecto es, siempre le he agradecido a Federico que, estimulado por su literatura, me haya decidido a buscar y presentar la mía.

Por esa extraña amistad –comparable quizás a la de aquella de personajes del cine, representados por Jack Lemmon y Walter Matthau– fue que sobrevivió y se materializó la idea de unos relatos –autoficciones– en torno a nuestras familias asimismo distintas. Cuentos de nuestro entorno sanguíneo y afectivo que tuvieran el tono ligero de nuestras tertulias, para no añadir más pesar al que ya padecemos los venezolanos. Razón por la que espero que disfruten esta ocurrencia, tanto como nosotros lo hicimos produciéndola.

Francisco Suniaga
(Pampatar, 17 de septiembre de 2020)



El amor, a pesar de todo

Hace unos días volví a ver una vieja fotografía de mis padres, de las muy pocas, dos o tres, que existen de sus primeros años de matrimonio. Están bailando, ambos lo hacían muy bien, miran la lente que en una fracción minúscula de segundo recogió y dejó ese momento enganchado en el tiempo. No es necesario verla con detenimiento para darse cuenta de que también en el papel quedó retratada esa felicidad que irradian las parejas que se aman. Papá, además de sastre, era cantante de orquestas tropicales y, quizás por razones de oficio, tenía mucha precisión en los recuerdos asociados con la música. Cada vez que se tropezaba con la foto en el cajón donde estaba guardada, repetía: “Esta nos la tomaron en 1955, en una fiesta de quince años aquí en La Asunción. Bailábamos una canción que estaba de moda y sonó muchas veces esa noche, *Cuando florezcan las*

amapolas, cantada por Manolo Monterrey”. Por ese comentario reiterado de él, cada vez que miro esa imagen, sus cuerpos cobran vida en mi imaginación y puedo verlos veinteañeros y hermosos como eran, danzar al son de aquella vieja guaracha.

Estuvieron casados cincuenta y dos años, hasta la muerte de mi padre en 2005, aunque más distintos entre sí no pudieron haber sido. Con ellos quedó demostrado que la popular “incompatibilidad de caracteres” no pasa de ser un eufemismo para el desamor, causa única, universal y verdadera de las rupturas entre las parejas. Sus personalidades, opuestas en casi todos los renglones, eran muy complejas y los equilibrios en su relación fueron volátiles hasta el último minuto. No era exclusividad de ellos, siempre lo son en cualquier matrimonio; nadie, sin importar el tiempo de convivencia, llega a saber la trama y urdimbre de emociones, intereses y valores que se ocultan detrás de las miradas, incluso transparentes, del otro. Manejarse con los grises y dobleces de la pareja, saber cuándo no conviene enterarse de las cosas o cuándo es preciso mirar a otro lado son mecanismos imprescindibles para sobrevivir a los conflictos que, de manera inevitable, acompañan la vida conyugal, y solo el amor irreflexivo cantado por los poetas románticos, como creo que fue el de mis padres, es el epitelio emocional que la hace posible y feliz.

Rosa Margarita, Mama, así con mayúscula inicial y sin tilde, como le decíamos sus hijos y nietos, fue una madre margariteña, en versión corregida y aumentada y, como tal, era inagotable en el ejercicio de su maternidad. Sobreprotectora, por supuesto, siempre sabía todo sobre nosotros y se anticipaba a nuestros acontecimientos. A mis hermanos y a mí nos re-

sultaba imposible engañarla, y a la hora de imponernos castigos lo hacía con severidad espartana. Trataba de entrar en nuestras vidas, de regularlas, incluso cuando ya éramos adultos y teníamos hijos a quienes cuidar. En esos propósitos contó con la ayuda de una inteligencia sobrenatural. Era dueña, además, de un sentido del humor extraordinario que le permitía, a pesar de ser más seria que una pistola, reír, ser jocosa, divertida y hasta dulce cuando tocaba.

Mi padre, Francisco María, era más fácil de descifrar, bastaba con comprender que en él convivían dos personas absolutamente distintas. El artesano laborioso, dedicado a su oficio de sastre de siete de la mañana a ocho de la noche, de lunes a viernes, y los sábados hasta las doce del mediodía. Aunque siempre alegre, bonachón y simpático en el trato con las personas, durante esas jornadas no se permitía distracción alguna y cumplía con disciplina los compromisos derivados de su trabajo. En los días laborables, nunca un trago ni un trasnocho. Cumplía de manera fiel los requerimientos de sus clientes, con una condición crematística que advertía en todos los encargos: “Soy puntual con los puntuales”.

Los sábados, sin embargo, su ser daba un giro de ciento ochenta grados. No bien la aguja del reloj dejaba atrás el meridiano, Hefesto se transformaba en Dionisio. El sastre laborioso develaba su otro yo, el del músico y parrandero impenitente que también era. Sus amigos conocían el ritual de esa mutación y, poco antes de las doce, comenzaban a congregarse en su pequeña sastrería. Antes de la una de la tarde aparecían las primeras cervecitas, luego el ron y algún cuatro o guitarra, instrumento que soltaba las amarras de la juerga. Ese modo festivo lo acompañaba hasta el domingo por la noche temprana, cuando,

por uno de esos tratados tácitos de no agresión con mi madre, acostumbraba a llegar a la casa. Durante ese día y medio de farra, nada más importaba y la vida se reducía a un jolgorio. Había, eso sí, una pausa los domingos entre diez de la mañana y una de la tarde, cuando como si se tratara de una obligación religiosa, nos llevaba a la playa. No pocas veces ese receso incluía la compañía de un par de compadres con quienes compartir una cerveza, “pa’l ratón”, y conversar bajo la sombra de las palmeras. Fue en una de esas ocasiones cuando soltó la frase que a mi entender era definitoria de su existencia y sobre la que tanto he reflexionado: “Yo trabajo porque tengo que parrandear”.

Durante el medio siglo y dos años de ñapa que duró su matrimonio, como es norma entre las parejas largometraje, se alternaban momentos de calma con turbulencias pasionales. Desde el comienzo, el de los jóvenes de la fotografía que mostraban su felicidad, hasta sus últimos años, cuando eran unos náufragos enfermos en la casa familiar vacía, su convivencia tuvo el perfil de una azarosa montaña rusa. En particular, durante los largos años en que la unión estuvo dominada por el placer venéreo, ese tiempo en el que las peleas y el ayuntamiento carnal se alternaban en una dinámica alucinante gobernada por hormonas explosivas. Nuestra madre era muy celosa y, como cualquier otra dama, en ese ámbito le resultaba imposible mirar a otro lado, quería contar con un monopolio absoluto, pero, para decirlo de una manera edulcorada, a mi padre la fidelidad no se le daba bien. Terremotos matrimoniales hubo de todo tipo, de baja intensidad, imperceptibles para nosotros, y los catastróficos, los que alteraban la convivencia. Sin embargo, era tan genuino el amor que

manaba de sus reconciliaciones que, desde la óptica de hoy, cabría la sospecha de que esos sismos eran intencionados.

Solo en una ocasión, la sangre llegó al río. Ni mis hermanos ni yo la recordamos, éramos muy niños, pero Mama la contaba tanto que era parte de nuestra historia familiar: una vez Papa se fue de la casa. Ya adultos, en alguna que otra reunión de nuestra tribu, con gran histrionismo y solo interrumpida por nuestras risas, ella reiteraba su versión:

Desde la mañana yo notaba a Francisco raro; caminaba apurado con esos pasitos suyos, corticos y rapiditos, y no levantaba la vista del piso para mirarme. Él siempre fue un padre muy cariñoso con ustedes, pero ese día, desde que Dios hizo amanecer, estaba con una abrazadera y besuqueadera con ustedes que iba más allá de lo normal. Yo ya tenía sospechas desde hacía tiempo de que andaba enredado por ahí con una mujer y lo que pensé fue: “Este se está despidiendo”. Esa tarde me acosté a reposar el almuerzo y él, cosa rara, no lo hizo, se quedó fuera del cuarto, haciendo que estaba ocupado. Ya ahí sí no tenía dudas de que algo le pasaba. En algún momento entró y yo, que no me había dormido, estaba acostada en la cama, boca arriba, con las manos detrás de la cabeza. Se sentó en una esquina y, sin mirarme, comenzó a hablar:

—Rosa, hija, tengo que decirte algo que yo nunca pensé que llegaría a decirte.

—Ajá, ¿y qué será?

—Bueno chica, la verdad yo no tengo quejas de ti, nosotros hemos sido felices. Has sido buena esposa y buena madre, pero a veces pasan cosas que, bueno, ocurren pues, le ponen término a las relaciones, hasta a las más felices. No es que no te quiera o tenga

algo que criticarte. No, yo te quiero mucho, pero no sé, algo no está bien, la cosa no es igual que antes, y necesito un tiempo para pensar, para estar solo, porque te confieso que estoy confundido.

En cualquier otra oportunidad, Francisco me hubiera dicho a mí esa vaina de que estaba confundido y yo le hubiera saltado encima y lo agarraba por el cuello, pero, no sé por qué, en esa ocasión me pareció tan ridículo que lo que me provocaba era reírme.

—¿Y qué puedo hacer yo? —le pregunté con la mayor calma.

—En realidad nada, es solo que te lo tenía que comunicar. Déjame decirte también que me satisface mucho que hayas reaccionado así, con tranquilidad, que no haya en este momento entre nosotros una pelea. Nuestra relación ha sido muy bonita para que termine de esa manera. Te agradezco, pues, tu comprensión. Lo que voy a necesitar llevarme, aparte de mi ropa, son otras cositas, que quisiera que por favor me facilites. Unas sábanas...

—Abre el escaparate, la puerta del espejo, y en la parte de abajo hay sábanas —le contesté sin cambiar de postura.

—Y unas toallas.

—Agárralas en ese mueble, tú sabes dónde están —le dije, señalándolo con la boca.

Hizo su maleta y se sentó otra vez en la cama, y yo igualita, acostada con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Entonces me repitió la misma cantaleta de que nosotros que nos queremos tanto..., pero no le dije ni negros los ojos tienes.

Francisco como que había creído que, tan pronto él me dijera que se iba a ir, yo me le iba a tirar a los pies para arrastrarme y pedirle que no me dejara. ¿Yo? Sí, carajo. El caso es que se fue y estuvo ido

como tres semanas. Un domingo por la noche, como a las ocho, en medio de ese silencio nocturno de La Asunción, sentí unos pasos rapiditos y pensé, adiós carajo, ese es Francisco. Abrió la puerta y entró con su maleta.

—Rosa, yo no me puedo separar de ti y de mis muchachos. Fue una tontería lo que hice, así que regresé.

La verdad es que a mí me alegró que volviera, yo no quería que ustedes crecieran sin su papá en la casa y por eso no lo mandé al carajo. Pero tampoco iba a montar una fiesta. Lo único que le dije fue:

—Francisco, el que se va sin que lo boten, vuelve sin que lo llamen.

Papa murió en 2005, muchos años después de aquel episodio. El día de su entierro fui testigo de una ratificación sencilla y pura del amor insólito que amalgamó a aquellas dos almas tan disímiles y les permitió compartir la existencia. En ese momento de gran dolor, el de las despedidas a las puertas de la funeraria, estaba al lado de Mama, ella me tenía tomado por un brazo y, justo cuando los cargadores pasaban con el féretro, estiró la mano, como queriendo tocarlo, y en voz baja para que nadie más lo oyera, musitó:

—Adiós, mi amor.



El tío Rafael

Mi abuela Luisa Ramona nació en el siglo XIX y vivió noventa y dos años del siglo pasado, un poco más y alcanza lo que habría sido su tercera centuria. Si las cosas en esta isla hubiesen sido como Dios manda, y no es que ahora lo sean, debió haber llevado el apellido Marcano, pero su padre, Candelario, no la reconoció ni ante la Ley ni ante los hombres, por eso llevó el Figueroa de su madre Virginia. Tampoco la reconoció ante Freud y la abuela vivió infancia y adolescencia enmarcada en una condición dolorosa: ser huérfana de padre vivo. Sumado a ese desconocimiento paterno, y determinante para su historia, fue la muerte de su madre cuando era tan niña que aún no sabía hablar. Luego la muerte de su prometido en un incendio del alambique en el que trabajaba. Se llamaba Fernando, me dijo una vez con la mirada llena de nostalgia amorosa. Esos golpes forjaron en

ella una actitud estoica y espartana para enfrentarse a las dificultades, que entonces eran muchas. En esa guerra que fueron los primeros cincuenta años de su vida, se olvidó de la felicidad, que no era para ella un valor y mucho menos un derecho. Quién sabe si esa actitud le ahorró otros dolores; los arreglos a los que cada quien llega con su alma para convivir con las penas, no suelen ser transparentes.

Virginia Figueroa es el eslabón más lejano en mi genealogía materna al que puedo referirme. Su historia me la contó la abuela a lo largo de muchos años. Muy joven, en su segundo embarazo (también de Candelario), Virginia había muerto víctima de un mal que aquí llamaban frenesí. Cuando alguna vez le pregunté qué enfermedad era esa, me respondió que lo único que sabía era que la sufrían las mujeres embarazadas y era mortal para la madre y la cría. El nombre técnico de la patología, supe después, es preeclampsia, y se manifiesta con un aumento súbito y severo de la tensión arterial. Una hermana de su madre, Aurelia, se encargó de su crianza y, para suerte suya, contaba con toda la red de afectos de los Figueroa, una auténtica gen romana en nuestro barrio, El Mamey.

De Candelario, por vía estrictamente genética, mi abuela heredó el temperamento alfa y la blancura de su tez. También recibió catorce hermanos. Los siete, de su matrimonio con una señora de nombre Justa Obando. Unión civil y eclesiástica que terminó un día en que, sin dar explicación alguna, el bisabuelo Candelario se montó en su burro y se fue al pueblo de Paraguachí, a vivir con un nuevo amor, Lorenza Malaver, una joven dos o tres años mayor que Luisa Ramona, que le parió otros siete hijos. No es de extrañar entonces que el parentesco de estos hermanos

Figueroa, Marcano y Malaver –aunque entre ellos se tenían como tales– fuese ignorado por la generalidad de la gente.

Luisa Ramona no escapó a la pauta reproductiva marcada por sus ancestros y tuvo tres hijos con mi abuelo, Ramón Alfaro, y un cuarto, el menor, con otro hombre, cuyo nombre nunca supe porque, como era herrero de oficio, todo el mundo lo llamaba “Machucahierro”. La abuela no se casó con ninguno de los dos, por ello mi madre y mis tíos llevaron su apellido. Para enredar más el asunto, mi abuelo Ramón vivía y hacía vida familiar, aunque sin la formalidad legal del matrimonio, con otra mujer, Jesusita “Chucha” Núñez, apenas a dos cuadras de la casa de Luisa Ramona. Lo curioso es que el abuelo se las ingeniaba para preñarlas a las dos al mismo tiempo, así cuando mi abuela parió a mi tío Tiburcio Figueroa, Chucha tuvo al tío Augusto Núñez. Cuando nació mi tío Rafael, también vio la luz mi tío Julián, y mi madre, Rosa Margarita, nació a la par que mi tía Carmen Teresa.

El abuelo Ramón Alfaro, que era jornalero en las huertas de La Asunción, rezumaba la bondad y bonhomía que tienen los seres que cultivan la tierra para que otros coman sus frutos. A veces, cuando yo jugaba con los amigos cerca de su casa, lo sorprendía mirándome y había tanto amor en sus ojos que, además de sentir su afecto, me embargaba una sensación grata que identifiqué después: el reconocimiento familiar, el sentido de pertenencia que solo da la sangre, poder sentir, más allá de los apellidos, que yo también tenía un abuelo. Aunque Ramón Alfaro hablaba muy poco, su relación con todo el mundo era apacible y amable. Murió en 1970, después de una convalecencia larga e inmerecida para un hom-

bre tan bueno. Mi madre me contó que, ya en sus últimos años, le envió a Luisa Ramona un mensaje en el que le expresaba su deseo de hacer algo para reconocer legalmente a sus hijos, que si quería, se casaban. La respuesta de mi abuela, matriarca indómita, fue obvia para cualquiera que la hubiese conocido: “Dígale a Ramón Alfaro que ya nosotros no estamos para esas pendejadas”.

Esa ignorancia en la que se vivía en torno a la extensión de la familia dio origen a una historia que hace poco me contó el tío Julián, el mejor narrador oral que he conocido. Ocurrió cuando él tenía unos diez años y estudiaba en la escuela “Francisco Esteban Gómez”, en el centro de La Asunción. Durante los recesos entraba al patio un niño, como de su edad, con una cesta con dulces para vender. Cuando Julián tomaba uno de la cesta y trataba de pagar el centavo que costaba la golosina, el niño vendedor no le recibía la puya. Las veces que se abstenía de intentar la compra, por no tener ni un centavo, para su sorpresa, el infante, antes de irse, pasaba por su pupitre y con toda discreción, le dejaba encima una de las golosinas. Un día se lo comentó a su maestra y le dijo que no se explicaba el por qué de la conducta del otro niño. “¿No lo sabes? Él es hermanito tuyo, se llama Rafael”.

La razón de ese desconocimiento radicaba en una decisión de mi abuela, quien estaba sujeta a una rutina de trabajo demencial para mantener a sus hijos. Era panadera, de aquellas que hubo en La Asunción con un horno artesanal de ladrillos y arcilla en el fondo de su casa. Amasaba desde el amanecer hasta el mediodía, cuando paraba para almorzar y dar tiempo a que el pan levantara. A media tarde comenzaba a hornear y antes de irse a dormir acomodaba el

pan en una cesta grande. En la madrugada siguiente, la cargaba en la cabeza, salía a venderlo por una ruta que pasaba por Tacarigua, Santa Ana y La Vecindad, hasta llegar a Juangriego, unos treinta kilómetros, contando la ida y la vuelta. Regresaba a su casa cuando ya estaba oscuro, molida, a darles a sus hijos el alimento y la poca energía y tiempo que le quedaban, antes de irse a descansar para retomar a la faena el día siguiente.

En el marco de la Margarita paupérrima de aquellos años tan magros, los de las primeras décadas del siglo pasado, consciente de que su hijo Rafael era un ser especial, y que quizás tendría más posibilidades de progresar si estaba al cuidado de algún familiar con mayores medios, le había confiado su crianza a una de sus hermanas Marcano. Gesto que no fue bien interpretado —para usar un eufemismo— por la pariente, quien tomó a Rafael como un niño peón para los quehaceres domésticos, incluyendo entre esos la venta de los dulces que preparaba. Ni siquiera lo puso en la escuela, y por eso su hermano Julián no lo conocía —mi madre me contaba que cuando su hermano volvió a la casa familiar, también para ella era un extraño—. Tenía trece años cuando la abuela lo rescató e hizo lo más urgente que podía hacer con él, lo inscribió en la escuela. A partir de allí, el tío Rafael hizo el resto.

Luisa Ramona se equivocó con la hermana que escogió como tutora, pero había sido muy certera con su percepción, Rafael era especial. Estudió sin perder ni un día y se graduó de médico a los treinta y un años. Apenas comenzó a trabajar, se presentó en la casa con una cuadrilla de obreros y dirigió la demolición del horno y con ello liberó a mi abuela de un oficio que se parecía a la esclavitud. La man-

tuvo y consintió hasta su muerte, a los noventa y tres años. Cuando se retiró de la medicina, tras cincuenta años de ejercicio en la vecina Cumaná, como si nada hubiese hecho ya por tanta gente, fundó una escuela.

De allí lo sacaron sus hijos cuando llegó a los noventa años y ya no podía más.



Polvorín

Mi padre tenía un tío, Roberto, dueño de un carácter endemoniado. Jamás asistía a eventos sociales, nunca iba a cumpleaños ni a entierros o funerales de sus familiares o vecinos. Era ajeno y hosco con todo el mundo, ni siquiera pasaba por la casa de la abuela en Navidad o el primero de enero a desearle un feliz año y comerse un pastel con su única hermana. Tampoco ella, uno de los oráculos que me descifraba el mundo en aquellos años infantiles, pudo decirme alguna vez por qué su hermano había vivido lleno de rabia y recurría a la violencia como *prima ratio* para resolver cualquier discrepancia con sus semejantes. “Desde muchachito ha sido así”, fue su única explicación.

Nunca hablé con el tío abuelo Roberto ni tuve con él relación directa alguna, porque además eso podía ser muy difícil en La Asunción de entonces, una comunidad pequeña y de tradiciones raiga-

les. El recuerdo que tengo de él es, no obstante, muy nítido, en virtud de un episodio ocurrido a comienzos de los años sesenta del siglo pasado en la sastrería de mi padre. Imposible olvidarlo. Hay que comenzar por decir que era un hombre gigantesco, con un físico que podía intimidar a cualquiera, cuanto más a un niño. En aquel tiempo carecía de las palabras para describirlo, las aprendí después: era torvo y taciturno.

Aquella mañana no saludó al entrar al salón de la casa que papá llamaba “El Negocio”, aunque nunca pasó de ser un taller artesanal. Roberto Suniaga recibió sin responder los buenos días respetuosos de su sobrino y durante su permanencia guardó un silencio que en aquel espacio humano y cálido resultaba hostil. “Vengo para que me haga un flux que me sirva de aquí hasta que me muera”, fueron sus únicas palabras. No tuteaba a nadie —lo que en Margarita aún hoy pasa por antipatía— y para convenir el precio y la fecha de entrega se limitó a asentir ante los que mi padre le propuso.

Tuve un papel protagónico en aquella escena extraña porque era temprano —la escuela en aquella época comenzaba a las nueve— y mamá, que era la ayudante en el quehacer de la sastrería, estaba ocupada en la cocina preparándonos el desayuno. Mi padre me pidió entonces que anotara las medidas en el cuaderno de los clientes. Al contrario de lo que ocurría con otros visitantes, también él, aun cuando jovial, locuaz y capaz de hacer hablar a las piedras, mantuvo ante su tío un silencio que solo se atrevía a romper para dictarme los números que perfilaban aquella anatomía. Cuando Roberto se marchó, sin molestarse en esperar un recibo por los dos billetes de cien bolívares que dejó sobre el mesón, papá me

miró con una expresión de alivio y, como para explicarme su timidez, soltó un comentario que convirtió en memoria imborrable la desazón que me había dejado el tío abuelo: “Aquí en La Asunción cuentan que el tío Roberto mató a un hombre”.

Después de insistir mucho, logré que la abuela Agripina, cultora impenitente de la literatura oral y conocedora de las historias grandes y pequeñas de las familias de nuestra vieja ciudad, me contara la de su hermano. Comenzó por decirme que sus compañeros de juego de la niñez, los primeros en sufrirlo, le pusieron por mote “Polvorín”, que para ella estaba más que merecido por haber sido el matón infantil del patio de la escuela y de las calles de nuestro barrio, El Mamey. Pero me advirtió que nadie lo llamaba así, mucho menos después de conocido el episodio donde dio muerte a un hombre, y a mí, que ni se me ocurriera.

En el año 1938, Polvorín emigró a Maracaibo a trabajar en una compañía petrolera. Pasó tiempo sin que se supiera de él, hasta el día cuando, por boca de vecinos contemporáneos suyos, que también habían emigrado al Zulia y regresado a vivir en Margarita, La Asunción se enteró de la noticia de que por aquellas tierras había matado a un hombre, un carupanero. Ambos frecuentaban el mismo bar y era sabido que una pelea entre ellos sería cuestión de tiempo. Al parecer, el de Carúpano también era un tipo con un carácter atravesado y, como se sabe, dos guapos no caben bajo un mismo techo. En el curso de la refriega, su adversario intentó sacar un revólver, pero Polvorín se le adelantó y le clavó un puñal en el pecho. Visto que ocurrió en medio de una pelea, lo condenaron —mi abuela hizo una pausa larga para recordar el tecnicismo jurídico— por “homicidio en

duelo rusticano” y la pena fue de las más cortas que dan por matar a un prójimo.

Pasó unos años desaparecido, se supone que preso, y volvió a La Asunción a finales de los años cuarenta. Conoció a una mujer de Juangriego, una culisa de nombre Joaquina González, tranquila y callada, una de esas damas que parecieran venir al mundo con la misión de sufrir y soportar sin quejas a hombres como el tío abuelo Roberto. De la unión nació una hija a la que bautizaron como a su mamá, pero a quien todos llamaban Quinita. Siendo Polvorín casi rubio, la arbitrariedad de la mezcla genética generó una muchacha hermosa, de suave color canela, ojos aguarapados, alta y de un cuerpo espectacular, que a pesar de haber nacido en una casa donde no había siquiera sonrisas, era simpática y dicharachera. Cuando alcanzó los quince años, Quinita era, con mucho, la más bella asuntina, pero de nada le valía. Ser hija de quien era espantaba a pretendientes y amigas por igual, por lo que siempre estaba muy sola.

A finales de los años cincuenta llegaron a vivir en La Asunción, y se establecieron en una casona por los lados del mercado, dos hermanos libaneses, panaderos de oficio. Eran Simón Abuhamad, el mayor, y José. El primero, un flaco amable y de voz muy suave, estaba casado con una mujer de su misma aldea en Líbano y tenían un niño que aún no caminaba. José, bastante más joven, era soltero, de carácter expansivo y más apuesto.

A contracorriente de la larga tradición de la artesanía panadera local, que era y sigue siendo de panes dulces, y del hecho de que en cada calle de nuestra pequeña ciudad había entonces una panadería familiar, los Abuhamad se empeñaron en abrir la suya e introducir en La Asunción el pan que en Caracas

llamaban francés. Mi ciudad, que es vieja e implacable con las innovaciones, lo bautizó con un despectivo “pansalao”.

José hablaba muy bien el español y era el comerciante de la familia. En una motocicleta, con un *sindicar* adaptado para la carga, llevaba sus panes salados de puerta en puerta por las calles de la siempre tranquila Asunción. Se dio a conocer muy pronto y la gente lo recibía con calidez, pero no vendía mucho porque no hay una costumbre más difícil de cambiar en la humanidad que la atada al gusto por el pan. A mediados de los sesenta, en uno de sus recorridos, José Abuhamad tocó la única puerta de la ciudad que, en aquellos tiempos en que no había ladrones, permanecía siempre cerrada. Cuando le abrieron, ante él apareció la criatura más bella que jamás hubiera visto, una princesa de los cuentos de hadas ilustrados.

Para Quinita, aislada del mundo, abrir la puerta de su casa y encontrarse con un hombre buenmozo y galante como era el turco José Abuhamad, significó la aparición del príncipe soñado desde que era una niña, el que venía a rescatar a la bella durmiente de su aburrido destino. Entre los dos no hubo romance. El amor fue tan fulgurante como un estallido y el cortejo no hizo falta; solo que bajo la sombra amenazante de Polvorín que abarcaba La Asunción y más allá, tampoco había espacio alguno dónde vivirlo. Pero de todos modos, la pasión fluyó de inmediato y de la manera más natural. Los vecinos del barrio La Portada, testigos de las horas que la motocicleta de José permanecía frente a la puerta de Quinita, sola en su casa mientras ambos padres estaban trabajando, sabían que la tragedia se iba a presentar, solo faltaba el cuándo.

Un día aciago, al llegar a la casa a media tarde, al término de su jornada —Roberto Polvorín era carpintero—, el tío abuelo encontró a sus dos Joaquinas abrazadas y llorando a mares. Sus preguntas las aterrizaron aún más y solo lograron aumentar el volumen de sus plañidos. No necesitó de otras respuestas, la verdad de lo ocurrido se asomaba tras las lágrimas de madre e hija. Con una tranquilidad anormal, dejó la sala y entró en su cuarto. De allí salió al minuto con un puñal enorme, casi un machete, guardado en una funda de cuero, y se fue al cobertizo del patio que le servía de taller, donde se puso a amolarlo a conciencia. Luego se bañó, se cambió de ropa, amarró el arma a su cinturón y con una serenidad pavorosa que anunciaba lo peor, le ordenó a su mujer: “Dime el nombre”. La respuesta fue igual de escueta: “José Abuhamad, el panadero”. Al escucharlo, Polvorín hizo honor a su apelativo: “Voy saliendo a matar a ese turco coño de su madre”, juró, al tiempo que sacaba el puñal y lo blandía ante las mujeres, entonces sí absolutamente despavoridas. Lo guardó en la funda y salió dando un portazo.

Parecía tranquilo, pero su andar decidido, el puñal al cinto y la mano izquierda aferrada al mango develaban una intención maligna. Al mirarlo pasar, la gente de La Portada supo de inmediato lo que había ocurrido y lo que Polvorín se proponía hacer, y comenzó a seguirlo. Roberto caminó a lo largo de la calle Matasiete, cruzó en el Rodulfo, un callejón muy angosto donde no vive nadie, y pasó frente a la Casa del Gobernador, donde los policías de guardia lo miraron con miedo y nada le dijeron. En el pueblo hacía ya días corría el rumor de que el turco José le estaba vendiendo a Quinita todos los panes y que

era cuestión de tiempo para que el padre de la ninfa hiciera lo que un hombre como él tenía que hacer. Por eso, para cuando el hombre llegó al final de la calle Unión, donde estaba la casona de los Abuhamad, ya lo seguía una multitud movida por el morbo de ver al carpintero ejercer su adormilada fama de asesino. Como quiera que en cuestiones pueblerinas nunca falta un cronista, alguien dejó caer una frase que dio a la tragedia en gestación un ícono del que había carecido: “El puñal que lleva es el mismo con el que mató al hombre en Maracaibo”.

Las puertas de la casona de los Abuhamad estaban abiertas de par en par, mas no el portal que cerraba un zaguán amplio. Sin la menor vacilación, Polvorín entró y golpeó el tabique de madera con el puño cerrado hasta que sintió unos pasos que se acercaban con prisa. Se puso en guardia y su mano derecha, movida por el mismo impulso de veinte años antes en Maracaibo, se aferró al mango del puñal. La gente que, desprovista ya de temor, ocupaba buena parte del recinto contuvo el aliento. Y ante todos, al parecer recién salido de la siesta de los panaderos, apareció el rostro sereno de Simón Abuhamad.

—Señor, ¿qué le ocurre, tiene algún problema, en qué lo puedo ayudar? —preguntó con una preocupación sincera, sin siquiera reparar en la mirada de fuego de Polvorín ni en el propósito asesino que deshumanizaba su rostro.

—¿Dónde está tu hermano?

—Está allá adentro, pero ya viene, necesita unos minutos. ¿Usted tiene algo que tratar con él? —preguntó el panadero sin suspicacia alguna.

—Sí, vine a buscarlo porque hasta hoy come arepa ese coño de su madre —gritó Roberto empujando la

puerta para forzar su entrada, al tiempo que sacaba el puñal y levantaba el brazo.

—Pero, señor, el problema es que aquí nadie come arepa, nosotros comemos pan.

Polvorín se quedó petrificado en su arrebato criminal, con el puñal en alto sin saber qué hacer. Fue una duda que duró apenas un segundo, una eternidad para cualquier acto de locura.

—Así es la vaina. Ese sí es un problema —alcanzó a musitar.

Su ímpetu homicida había chocado contra el muro invisible que la candidez del panadero había levantado. En medio de un silencio de mármol, con una lentitud insoportable y la vergüenza pintada en el rostro, Polvorín enfundó el puñal y le dio la espalda al turco Simón Abuhamad. Cabizbajo, se abrió paso entre los curiosos, que parecían más decepcionados que aliviados, y emprendió el regreso a su casa. Nunca más, hasta el día de su muerte, pocos años después, volvió a salir de ella.

*Este libro se terminó de imprimir en 2021,
en Málaga, España.*

*Con la colección CIUDAD VIVIDA,
hemos querido abrir un espacio para
la multiplicidad de textos que, sin ser necesaria-
mente producto de una actividad literaria
regular, le dan forma concreta a la memoria de
los ciudadanos en las urbes complejas
del presente. El objetivo es publicar relatos
autobiográficos de la más variada naturaleza y
en torno a los más diversos temas,
con una constante sin embargo: que en ellos
la imagen fotográfica juegue un rol fundamental
—si no central— en la configuración de su
contenido y su estructura interna. Por
autobiográfico entendemos no exclusivamente
aquellos relatos donde un autor nos cuenta su
vida, sino también cómo se han vivido, desde
una experiencia personal, determinados
acontecimientos históricos (políticos o no),
ciertas configuraciones urbanas o arquitectóni-
cas; cómo, en fin, se vive en y desde la urbe.*



Francisco Suniaga (*La Asunción, isla de Margarita, 1954*). Narrador, profesor egresado del Instituto Pedagógico de Caracas, abogado magister en Relaciones Internacionales, docente universitario. Ha sido columnista de importantes diarios del país. Colaborador de varios portales web. Ha publicado las novelas *La otra isla (2005)*, *El pasajero de Truman (2008)*, *Esta gente (2012)*, *Adiós Miss Venezuela (2016)* y el libro de relatos *Margarita infanta (2010)*.

Federico Vegas (*Caracas, 1950*). Arquitecto, narrador, ensayista. Colaborador de la website *Provinci* y de otros importantes portales. En 1997 obtuvo el Premio único del Concurso de Cuentos del diario *El Nacional*. Ha publicado los libros de relatos *El borrador (1994)*, *Amores y castigos (1997)*, *Los traumatólogos de Kosovo (2002)*, *La carpa y otros cuentos (2008)*, *Los peores de la clase (2011)*, *La nostalgia esférica (2014)*. Y las novelas *Prima lejana (1999)*, *Falke (2004)*, *Historia de una segunda vez (2006)*, *Miedo, pudor y delcete (2007)*, *Sumario (2010)*, *Los incurables (2012)*, *El buen esposo (2013)*. Asimismo, es autor de los libros de ensayos *La ciudad sin lengua (2001)* y *La ciudad y el deseo (2007)*. Su última novela se titula *Los años sin juicio (2020)*.

Colección CIUDAD VIVIDA



ARCHIVO
FOTOGRAFÍA
URBANA

ISBN 978-84-122665-5-9



9 788412 266559